



Las  
**aRMAs**  
DE LA  
**LUZ**

JESÚS SÁNCHEZ  
ADALID

Cerca del año 1000, Almanzor amenaza el norte de la península Ibérica. Unos misteriosos barcos arriban a la costa tarraconense y dejan un extraño presente en el pequeño puerto de Cubelles. Este es el inicio de la emocionante peripecia vital de dos muchachos que acabarán viajando al Alto Urgell, cuando el conde Armengol I está a punto de unirse a la gran alianza de condes y magnates que han decidido independizarse definitivamente del reino franco y, a la vez, romper con las antiguas servidumbres impuestas por el poderoso califato de Córdoba.

En medio de todo esto, una mujer joven se debatirá para liberarse de las ataduras de su cerrado mundo familiar y social. Sánchez Adalid nos presenta un gran friso narrativo que recrea, con agilidad y destreza, el agitado inicio del segundo milenio: la vida en los castillos y campamentos guerreros, las peculiares relaciones entre nobles y clérigos, la rica cultura monacal, las costumbres cotidianas, el amor, la guerra, el miedo y el valor... Siempre en los fascinantes escenarios de una tierra singularmente bella y agreste, pero también fértil y poblada de luminosas ciudades: Barcelona, Gerona, Seo de Urgell, Vic, Solsona, Besalú, Berga, Manresa, Tortosa, Lérida...; y de grandes monasterios que extienden su influencia: Santa María de Ripoll, San Cugat, San Juan de las Abadesas, San Pedro de Rodas, San Martín de Canigó... Con la Córdoba califal como telón de fondo.

Una figura crucial es Oliba, hijo de los condes de Cerdanya y Besalú, que en el año 1002 renuncia a su herencia para hacerse monje. En medio de la confusión y la violencia, surge un hombre cuya cordura y sabiduría aportará luz, y descubrirá el verdadero tesoro, que es de naturaleza espiritual...

*Las armas de la luz* nos regala un viaje claro y anímico hacia el sorprendente mundo medieval, en el que se cruzan y entremezclan héroes de ficción y protagonistas históricos, en la epopeya de una tierra que lucha por regir su propio destino.

## Índice de contenido

- Libro primero. El muchacho de Cubellas (año 996)
- Libro segundo. El lobo de Castellbó (año 997)
- Libro tercero. Esclavos del frío (año 997)
- Libro cuarto. El secreto del conde Oliba Cabreta (año 997)
- Libro quinto. El joven señor de Adrall (año 997)
- Libro sexto. La asamblea y los campamentos (año 997)
- Libro séptimo. Pelea de fieras (año 997)
- Libro octavo. Contrición y expiación (año 997)
- Libro noveno. Cuatro años después (año 1001)
- Libro décimo. La furia del lobo (año 1001)
- Libro undécimo. El apocalipsis (año 1001)
- Libro duodécimo. Palacio de Rosas (año 1002)
- Libro decimotercero. La hora definitiva (año 1002)
- Libro decimocuarto. Verano de rosas ajadas (año 1002)
- Libro decimoquinto. Las armas (año 1002)
- Libro decimosexto. Un reencuentro en la nieve (año 1003)
- Libro decimoséptimo. La hora final (año 1010)
- Libro decimooctavo. La gran batalla (año 1010)
- Libro decimonoveno. Los dos anillos (año 1017)
- Libro vigésimo. El misterio del palacio de Talhaj (año 1017)
- Final
- Nota histórica
- Reyes y gobernantes coetáneos
- Cronología
- Sobre el autor

*A mis hermanos Pilar, Sofía, Ester y José María*

*Nox præcessit dies autem adpropiauit abiciamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis.*

(La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos pues de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz).

Biblia Vulgata-Latina. Romanos, 13:12.

*L'alba part umet mar atra sol, poy pasa bigil, mira clar tenebras...*

(El alba trae al sol sobre el mar oscuro, luego salva las colinas; mira, las tinieblas se aclaran...).

Dístico escrito en el siglo X, en una lengua romance que ya no es latín, pero que no es todavía lo que más tarde será el catalán.

## LIBRO PRIMERO

### EL MUCHACHO DE CUBELLAS (AÑO 996)

Los marinos que navegaban en las aguas de la antigua Hispania Citerior daban el nombre de Garraf al promontorio que pone fin al litoral largo e irregular que se adentra en los límites de la llamada «tierra de nadie», desde la desembocadura del río Llobregat hasta la del Foix. En la época en que transcurren los sucesos que nos proponemos narrar, todo estaba despoblado y abandonado en una amplia franja de terreno. Solo los piratas y bandidos, por su intrepidez, libraban allí algunas batallas contra las naves que defendían los pequeños y atemorizados puertos de pescadores de los accidentados dominios del conde de Barcelona.

Lo que pudiera suceder en aquellos litorales cuajados de torres de vigía, siempre resultaba imprevisible...

## 1

*Puerto de Cubellas, 16 de septiembre, año 996*

Azotaron chubascos desde el amanecer. Salía el sol sobre el mar en intervalos, pero el viento no cesaba. La aldea de pescadores y su embarcadero comenzaban a desperezarse frente a la desembocadura del río Foix. La playa abierta, despejada, se extendía al pie de las cabañas pequeñas y pobres. Y tierra adentro, a menos de una milla, brindaba mayor seguridad la villa de Cubellas, con su castillo y una sólida muralla que ceñía la vida de un conjunto de buenas casas. Un camino discurría entre campos de labor, uniendo el sencillo puerto y la población fortificada. En la paz temprana, el obstinado oleaje agitaba las barcas amarradas en línea: el único movimiento apreciable, junto con el ondular de la bandera en la torre de vigía que también servía de faro. Cuatro marineros estaban sentados en silencio, a resguardo de la lluvia, bajo un cobertizo en el muelle. Uno de ellos, un veterano curtido, holgazán y borracho, de esos que se pasan la vida mirando hacia el horizonte, dijo que no recordaba un final del verano tan desapacible ni levantes que soplasen con tanta fuerza a primeros de septiembre. Otro más joven que él añadió que esa era una razón más para no confiar en los dichos de navegación que repiten los viejos.

—¡Qué sabrás tú! —replicó el veterano, sin volverse hacia él ni mirarle, con una mueca de puro y profundo desprecio.

Cada uno siguió a lo suyo, sin hablar nada más. Y más tarde cesó la lluvia inesperadamente. Parecía el crepúsculo



en vez de esa hora del día. Las brumas iban subiendo por el cauce del río y las olas perdieron todo su ímpetu. Un sol esplendente y naranja vino a posarse tembloroso en el dique e hizo brillar las aguas del delta; luego amplió su radio y llegó a reflejarse simultáneamente en los charcos y sobre las tímidas fortificaciones de piedras y barro. El aspecto del mar iba siendo cada vez mejor y la repentina calma resultaba prodigiosa.

Hasta que un vivo trompeteo de aviso se inició de pronto en la garita del vigía. Los marineros se sobresaltaron y volvieron sus miradas hacia el mar, escrutando el horizonte. Y un instante después, unas velas aparecieron danzando en la distancia.

—¡Barcos! —gritó el viejo marinero—. ¡Qué demonios...! ¡Qué barcos tan raros! ¡Serán sarracenos!

Eran tres veleros; uno de ellos más grande que los otros dos, pero todos ellos de formas semejantes, largos, de borda baja y altos mástiles. Se acercaban veloces a la barra por el impulso del viento y ayudados además por briosos golpes de los remos. Atravesaron las puntas arenosas y entraron en la ensenada, para fondear a cierta distancia del atracadero, virando torpemente mientras arriaban las velas y soltaban anclas.

—No hay duda, son sarracenos —aseveró el curtido marino, con la mano puesta en la frente a modo de visera—. Esas velas, los mástiles, esa proa... Aunque... ¡Vaya naves extrañas! Pero... ¡mirad! Traen banderas blancas.

—Vendrán de Malaca —conjeturó otro de ellos.

—O de Turtusa —opinó un tercero.

—O de Barbastro —aventuró el más joven con timidez. Los otros tres le miraron extrañados.

—¿Acaso hay puerto en Barbastro? —replicó con burla el viejo—. ¡Qué sabrás tú, imberbe!

El joven se encogió de hombros, avergonzado. Y poco después, mientras seguían observando, aquellos marineros oyeron a sus espaldas cascos de caballos. Se volvieron y

vieron que venía cabalgando al trote el jefe de la guarnición, vociferando a la vez con autoridad:

—¡Eh, vosotros cuatro! ¡¿Qué hacéis ahí quietos?! ¡Subid a una de las barcas y bogad hacia esos veleros que acaban de arribar!

Ellos se pusieron en pie con respeto y se le quedaron mirando.

—¿Nosotros? —preguntó el veterano, llevándose la mano al pecho.

—¡Sí, vosotros! ¿Es que hay alguien más aquí que pueda hacerlo, viejo borracho?

—¡No hace falta ofender, *decanus!* —contestó el marinero—. Haremos lo que mandas. Pero dinos qué barca te parece mejor.

—Llevad esa grande de ahí por si tenéis que traer hombres a tierra.

Los cuatro marineros embarcaron a regañadientes y se pusieron a remar perezosamente.

—¡Más brío! —les apremiaba el oficial—. ¡Condenados holgazanes! ¡Vamos! ¡Ponedle voluntad!

Ellos paleteaban, rezongando, con visible temor en los rostros. Y cuando la barca estuvo a la altura del mayor de los tres veleros, se vio que se descolgaba por la borda una escala, y al momento descendieron por ella dos hombres de tez oscura y blancos turbantes.

El trompeteo arreció y las voces del vigía hicieron que saliera gente de las cabañas y se fuera congregando en el muelle. Un denso murmullo brotaba de la curiosidad y del deseo de novedades. Los pescadores se olvidaron por el momento de sus faenas y oteaban la distancia, con miradas circunspectas y cierto temor. Pero no tardaron en aparecer también por allí mercachifles oportunistas, trayendo pan, comida, cántaros de agua fresca, sirope y vino, con intención de vendérselo a los oportunos viajeros que vendrían en los veleros.

Y mientras todo esto sucedía en el atracadero, arriba, en la villa de Cubellas, el sol brillaba con fuerza y el aire era más suave. Ya se había despertado la vecindad con la noticia, y en lo alto de las terrazas y en las almenas el gentío miraba hacia el mar, alarmado por la presencia de los tres nuevos barcos.

También a esa hora, aunque del todo ajeno al motivo del revuelo, en la torre principal del castillo se levantaba de su cama el gobernador de la villa y el puerto, el anciano Gilabert, hijo de Udo. Ponía sus pies descalzos en el frío suelo y caminaba renqueante hacia la ventana. Se desperezaba y descorría las espesas cortinas de su dormitorio, murmurando: «¡Qué gritos! ¿Quién puede dormir en este lugar de locos?». Desde la altura, en la deslumbrante claridad, se podían ver las murallas y tras ellas el mar a lo lejos. Se sorprendió por aquel cielo tan limpio y por las aguas quietas y radiantes. Aunque ni siquiera el día tan bueno aplacaba su mal humor. El viento y la lluvia le habían mantenido en vela durante la noche, por el traqueteo de los postigos de las ventanas, y ahora, el alboroto le había robado su última ocasión de descanso. La luz era intensa y se reflejaba en el río como en un espejo, dañando sus ojos. Pero, cuando la vista se fue recuperando, reparó de pronto en las siluetas de los tres barcos anclados en mitad del fondeadero. Se intranquilizó, sintiendo en sus pies descalzos la dureza del frío suelo, y dio una vuelta completa por la habitación. Después se sentó en la cama para calzarse las babuchas de piel de zorro, tratando al mismo tiempo de poner en orden sus pensamientos. Hasta que empezó a gritar:

—¡Demonios! ¿Es que nadie me tiene en cuenta ya? ¡Tres barcos frente al puerto y no han venido a avisarme! ¿No soy yo el gobernador? ¡¿Quién diablos manda aquí si no?!

Salió de la habitación enardecido y, mientras descendía por la amplia escalera de baldosas inestables, seguía vociferando:

—¡Amadeu! ¡Amadeu! ¡¿Dónde diablos te metes, maldito Amadeu?!

En el vestíbulo le salió al encuentro su criado, un hombre similar a él, igualmente viejo, largo y descarnado; bien pudieran pasar por hermanos. Y tanta era la confianza que había entre ambos, que el sirviente se atrevía a contestar al amo con semejante mal genio:

—¡Eh! ¿Qué voces son estas, dueño? ¿Y adónde vas bajando como un loco por la escalera? ¡A ver si te caes y...! ¡A ver si te matas!

—¡Esos barcos, Amadeu! ¡Hay barcos en el puerto y nadie me avisa!

—¿Qué barcos? ¿Qué demonios...? ¡Qué sé yo de barcos! Uno anda a esta hora por las cocinas... Como si no hubiera nada que hacer... ¿Quién vigila los panes que están en el horno?

—¡Aparta, estúpido! ¡Qué me importan a mí los panes!

El gobernador salió impetuoso al patio de armas y allí se encontró con el jefe de la guarnición, que venía apresurado desde el puerto para informarle.

—Señor, tres veleros han arribado y están anclados a distancia.

—¡Ya lo sé! —contestó Gilabert—. ¿Cómo tardas tanto en venir a comunicarme la novedad?

—Señor, apenas me he demorado el tiempo justo de hacer averiguaciones.

—¿De dónde vienen esos barcos? ¿Adónde se dirigen? ¿Quién navega en ellos?

—Son sarracenos, señor. No hablan nuestra lengua cristiana. Pero me ha parecido entender que vienen navegando desde Sicilia.

El gobernador respondió con una expresión de extrañeza, y ordenó nervioso:

—¡Tráelos inmediatamente a mi presencia! ¡Que venga también el escribiente! ¡Y busca a alguien que hable árabe!

Un rato después se hallaba el gobernador sentado sobre un estrado, en la sala del castillo donde ejercía su autoridad e impartía justicia. Y a su lado, en un pequeño escritorio, tomaba notas un monje joven. El jefe de la guarnición presentó ante él a los dos navegantes de oscura tez que habían desembarcado. No hubo inicialmente palabras, sino solamente gestos y señas de saludo, a lo que los forasteros respondieron con postraciones. Siguiendo las reglas de la hospitalidad, se les ofreció asiento, agua fresca y algo de comer. Ellos lo aceptaron sonrientes; comieron y bebieron con ostensible satisfacción y, como agradecimiento, regalaron a Gilabert un par de vasijas de cerámica y un manojo de plumas de avestruz. Él las aceptó, haciendo un gran esfuerzo para sonreír, y luego dijo nervioso:

—Sois bien venidos... Nada tenéis que temer de nosotros... Este castillo y este puerto son propiedad del vizconde de Barcelona, Udalard, mi señor. Yo gobierno en su nombre y por mandato suyo. Defendemos la costa frente a nuestros enemigos. Pero aquí vive gente de paz... Y ahora, extranjeros, debemos saber quiénes sois y de dónde venís.

Un veterano soldado que sabía árabe tradujo estas palabras. Los extranjeros se miraron entre sí, sonrieron complacientes y uno de ellos respondió algo en su lengua.

—Dice que son egipcios y que han venido navegando por Siracusa —explicó el traductor.

—Pregúntales qué buscan aquí —le instó el gobernador con impaciencia.

El soldado les hizo la pregunta, pero los egipcios se quedaron en silencio.

—¿Por qué se callan? —levantó la voz Gilabert—. ¡Que hablen! ¿Por qué demonios están aquí?

Al ver que el gobernador se enojaba, uno de los extranjeros dijo tímidamente algo y enseguida lo tradujo el veterano.

—No están autorizados para dar explicaciones.

El gobernador se puso en pie, furioso.

—¡Cómo que no! ¡Yo soy aquí la autoridad! ¡No se puede navegar por estas aguas sin mi consentimiento! ¡Y mucho menos fondear frente a este puerto! Nuestra ley es implacable en eso. ¡O hablan o los encierro!

Los gestos y las voces recias de Gilabert preocuparon visiblemente a los egipcios; se levantaron de sus asientos, se llevaron la mano al pecho y se postraron sumisamente. Luego habló de nuevo el que solía contestar en árabe, con apreciable nerviosismo. El intérprete le explicó al gobernador:

—Insisten en que no tienen permiso para decir nada más. En el barco están sus guías. Necesitarán volver a bordo para trasladarles tus exigencias. Preguntan si pueden ir.

Gilabert resopló y contestó:

—¡Esto es absurdo! ¿Y para qué han venido entonces? ¿Para hacernos perder el tiempo? ¿Por qué no han desembarcado esos guías suyos?

Se hizo un silencio en el que solo se oía el rasgar del cálamo del escribiente al deslizarse por el pergamino, que duró hasta que el jefe de la guarnición dijo:

—Señor, propongo que llevemos a uno de vuelta al barco y que el otro se quede aquí como rehén.

—Me parece que es lo más oportuno —asintió el gobernador—. Hágase como dices. Y procurad que, de cualquier manera, ese guía suyo venga a mi presencia. Además, tienen que satisfacer el tributo. ¿O acaso piensan pagar con estas pobres vasijas de barro? ¡Aquí hay unas leyes!

## 2

*Playa de Cubellas, 16 de septiembre, año 996*

Un joven esbelto y vigoroso llegó cabalgando a la playa de Cubellas poco antes de que la luz de la tarde empezase a decaer. Llevaba sobre el puño izquierdo un águila real encaperuzada, y su yegua negra, remisa y brillante de sudor, hundía en la arena los cascos. Cuatro conejos muertos colgaban a los costados de la montura. El hombro del jinete se resentía por el peso del ave, así que acabó descabalgando y posándola sobre la silla para descansar un rato. El pelo castaño claro del muchacho, crecido y revuelto, y su cara saludable brillaban a la luz de la tarde. Sus ojos claros, como transparentes, parecían del mismo color que el mar que tenían delante. Su mirada templada se perdió en la lejanía. En sosiego, aquella vista tan bella aniquilaba la escasa voluntad y energía que le quedaban. Esas olas mansas, esas espumas blanquecinas, donde se mecían sus ansiedades, consumieron las últimas fantasías y agotaron los febriles pensamientos de sus diecisiete años. La infinita monotonía del mar, los ligeros cambios de matiz y color le calmaron; la soledad inmensa le arrastró a la contemplación.

Pero, un instante después, oyó a la espalda un trote apresurado. Se volvió y vio venir por el camino a otro joven de la misma edad, montado en una mula y precedido por el trotar feliz y vaporoso de un perro podenco; el ligero manto pardo flotaba por la brisa sobre sus hombros y el pequeño gorro de paño que le cubría la coronilla voló. Se detuvo, echó pie a tierra y correteó para perseguirlo. Lo re-